

es su biografía. Esto, más que una verdad literal, es una sugerencia: la obra poética de Cernuda, desde la primera manera más directa al enmascaramiento dramático y a la confesión final de buena parte de *Desolación de la Quimera*, encarna las vicisitudes de una persona.

Aunque la poesía de Cernuda, desde el ensayo de Paz, «La palabra edificante», publicado en julio de 1964 en México, ha logrado una cierta restitución, su crítica literaria sigue siendo marginal, o dicho de otro modo: en su dimensión crítica Cernuda continúa siendo un escritor irreductible, más allá de que se esté de acuerdo o no con él en ciertos puntos. Cernuda recordó la aseveración de Coleridge en la que afirma que cada autor, cuanto más grande y original sea, «tiene la tarea de crear el gusto mediante el cual se le puede apreciar». Cernuda es de este tipo de autores cuya aparición supone una extrañeza y cuya lectura acaba transformando la tradición de su lengua. Gracias al poeta Cernuda, nuestro romanticismo ya no es el mismo porque su obra poética, tan incardinada en ciertos momentos con la tradición romántica fuerte (la alemana e inglesa, parte de la francesa) pone en evidencia las limitaciones de nuestro pobre romanticismo, a pesar de la figura mayor de Gustavo Adolfo Bécquer. Cuando digo que la dimensión crítica de Cernuda no ha sido asimilada aún suficientemente, no sugiero que haya que asumir su

incomprensión de Rubén Darío, por ejemplo, al que dedicó un ensayo en el que los errores se alían a los prejuicios que Cernuda no supo neutralizar, sino que indico que su labor de revisión de gran parte de la poesía española del primer tercio de siglo, no ha tenido aún, salvo algunas excepciones, una lectura adecuada. Es admirable, a este respecto, el ensayo de Ernesto Mejía Sánchez, «Rubén Darío, poeta del siglo XX» leído en Oxford en 1961 pero no publicado hasta 1966, integrado en esta recopilación de Valender. Creo que uno de los rasgos radicales de la crítica de Cernuda, y que la vuelven difícil de ser entendida por la acriticas canonizaciones de nuestros estudiosos, y empleo el término canonizar como sinónimo de santificar, es que su visión de este o aquel poeta tenía una fuerte influencia de lo que a él le interesaba. Esta dimensión subjetiva, sin la cual no hay crítica, supone una limitación, pero sobre todo, cuando opera con talento, puede llegar a ser realmente creativa. Aunque asistido en su etapa madura por T. S. Eliot, Cernuda es un poeta que se atreve a pensar por sí mismo. Fue así desde sus inicios literarios, pero desafortunadamente, el grueso de su obra crítica fue escrito después de los cincuenta años, interrumpiéndose rápidamente por su muerte. Si hubiera sido más amplia, quizás habría podido influir en mayor medida en nuestros gustos y criterios literarios. Aunque quizás esta afirmación sea excesivamente optimista.

El ensayo de James Valender «Luis Cernuda ante la poesía española peninsular (1957-1962)», donde vemos, desde los hechos, muchos de los motivos del poemario *Desolación de la Quimera* (1962), nos informa del silencio casi unánime que una obra como *Estudios sobre poesía española contemporánea* (1957) obtuvo como respuesta. Tal síntoma es bien elocuente de hasta qué punto esa sociedad literaria no podía asumir los juicios de Cernuda, muchos de ellos arriesgados, sin duda, pero no desdeñables. Es cierto que dos años antes, los poetas del grupo *Cántico* (Ricardo Molina, Pablo García Baena, Juan Bernier y otros) le habían tributado un generoso homenaje, pero Valender señala con acierto sus limitaciones: «Lo que admiraban en Cernuda no era, desde luego, su trayectoria (muy poco ortodoxa, en todo caso) como poeta civil, sino más bien su papel como continuador de una larga trayectoria de poesía andaluza en que cierto espíritu indolente, imbuido de paganismo, convivía con un dominio en cierto modo 'clásico' de los recursos formales». La conclusión de Valender es tan dura como la que pudo hacer Juan Goytisolo en *El furgón de cola* (1967): «Por desgracia, los duros versos de Cernuda en contra de las «Supervivencias tribales en el medio literario español», siguen tan vigentes hoy como cuando los escribió». La frase es fuerte y yo la suscribiría con gusto

si la ampliáramos diciendo que no todo es tribu en nuestro panorama, y que las voces aisladas pueden oírse, siempre que muchos de nuestros hispanistas, y quien quiera oír, dude un poco de lo que dictan las tribus. Pero habría que decir algo más: muchas de esas tribus a las que se refiere Valender sobreviven gracias a su capacidad de enmascaramiento, que les permite, como estamos viendo en los homenajes que este año se brindan a Luis Cernuda, elogiar a un poeta y a un crítico ajeno, cuando no opuesto en muchas ocasiones a ellos. Ajeno no porque, como se ha dicho, su moral sea otra, una moral de la disidencia o de la excepcionalidad, sino porque sus actitudes poéticas y críticas participan de criterios y maneras que han encontrado, por diversas y complejas razones, oídos sordos entre muchos de nosotros. Los que exaltan a Cernuda pero denuestan de Valente y toman sólo de Gil de Biedma su aspecto más chatamente realista, no han entendido nada. Es fácil observar que tanto Valente como Gil de Biedma fueron buenos lectores de la misma tradición inglesa y francesa que deslumbró a Cernuda. Pero los fastos a los que me refería sirven a veces para volver a enterrar la dimensión provocadora, apropiándose del aspecto exterior, institucional de un escritor. Habría que repetir con Cernuda los versos que dedica a Lorca en *Desolación de la Quimera*:

La apropiación de ti, que nada suyo  
Fuiste o quisiste ser mientras vivías,  
Es lo que despierta mi extrañeza.

En este aspecto reivindicativo, creo que el ensayo de Salvador Elizondo, «Cernuda y la poesía inglesa», viene a responder a una afirmación demasiado tajante de Gabriel Zaid en su artículo «Cernuda crítico» también recogido en este volumen. La frase de Zaid es la siguiente: «*Pensamiento poético en la lírica inglesa* es un libro decoroso y aburrido, dentro de la mejor tradición académica». No es que Zaid desdeñe a Cernuda como crítico, aunque señala, un poco a diferencia de lo que señalo, que «Lo mejor de la crítica de Cernuda está en su poesía». La consideración del novelista y ensayista Salvador Elizondo, buen conocedor de la literatura de lengua inglesa, es múltiple. Reconoce en este libro algo que Zaid también cree de los ensayos de Cernuda contenidos en *Poesía y literatura*, que «viene a ser, después de todo, la meditación de un poeta acerca del oficio de poeta y no sólo acerca de una poesía determinada»; pero además de esto hace valoraciones que se habrán de tener en cuenta: destacar que en el siglo XX (Elizondo publica este artículo en 1964), de los testimonios sobre Swinburne, sólo un pequeño ensayo de T. S. Eliot, los ensayos de Mario Praz sobre la decadencia en el romanticismo y el ensayo de Cernuda tie-

nen vigencia. También menciona lo sorprendente de que un poeta español estuviera al tanto de la obra de Manley Hopkins y que supiera acercarse a ella con competencia. Si introducimos el libro de Cernuda en la tradición crítica inglesa, su valor sin duda disminuye, sin que pueda desaparecer, tanto por la calidad de muchas de sus observaciones como porque está escrito por un poeta lúcido. Pero dentro de la historia de nuestra crítica, es una obra notable que merece reeditarse, como sus otros dos volúmenes de ensayos, individualmente. Hay que rescatar a Luis Cernuda de las obras completas, necesarias pero, al mismo tiempo, disuasorias.

Por último, una nota marginal. Es curioso, que de los textos recogidos en este volumen los más antiguos sean uno de José Luis Martínez, de 1941, y otro de Tomás Segovia (1959), éste un pequeño ensayo notable, valiente, como lo hubiera escrito el mismo Cernuda pero quizás no le habría gustado leer sobre sí. El resto de los trabajos, salvo algunos textos de Paz que no han sido recogidos en este volumen, por razones ajenas al recopilador y a la casa editora, son posteriores a 1962. Es decir, la recepción que cuenta de la obra de Luis Cernuda fue muy tardía y casi coincide con la de su desaparición como persona. Este *Luis Cernuda en México*, siquiera sea parcialmente, nos ayuda a verlo reaparecer.

**Juan Malpartida**

## América en los libros

**Europa e Iberoamérica,** *Eduardo Cuenca García, Síntesis, Madrid, 2002, 221 pp.*

Eduardo Cuenca García es catedrático de organización económica internacional en la Universidad de Granada. Concebida como un análisis de las relaciones económicas entre Europa e Iberoamérica, la monografía que ahora presenta recorre varios campos temáticos, acumulando reflexiones y documentación que no sólo serán de utilidad para el estudioso. Los problemas sociales que suscita ese vínculo financiero transoceánico inquietan igualmente a todo lector interesado por la actualidad, y este informe, en un intento por deshilar lo complejo y hacerlo asequible al profano, despliega un registro muy nutrido y revelador, que bien puede servir de atlas a pesar de su divisa universitaria. En otros términos, esta clave divulgativa sirve para clarificar conceptos que deben ser conocidos antes de someterlos a juicio en la arena de lo noticioso. De ahí que la cartografía del profesor Cuenca acierte a reforzar opiniones desde una cabal comprensión de la marea económica y financiera, sin necesidad de esos requiebros demagógicos que no suelen excluir los medios masivos.

Toda esta línea de estudio se abre camino a través de los puentes –frágiles y ondulados– que enlazan mercantilmente Europa e Iberoamérica. A tal efecto, el analista sondea tres modelos de integración: la Unión Europea, la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA) y el Comité de Ayuda Mutua Económica (CAME). Oportunamente, este primer trayecto se inicia en el periodo anterior a la adhesión de España a la UE y concluye en los puntos suspensivos que se abren con la probable entrada de socios del Este. A continuación, la obra enfatiza la integración económica en los países iberoamericanos, concebida con resultados tan divergentes como la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) y la Asociación Latinoamericana de Integración. En lo que concierne a los acuerdos regionales, el repaso continúa con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA-TLC), el Mercado Común Centroamericano (MCCA) y el Grupo Andino. A propósito del Mercado Común del Sur (MERCOSUR), las páginas de Cuenca mencionan sus orígenes y progresos, su perfil y disposición, al tiempo que diagnostican sus patologías. Con todo, hay que decir que esos problemas encajan en diversos párrafos de la obra, y en especial, adquieren